

Capítulo 11

Momento de la edición (de cómo preguntar después de la entrevista)

Según el material reunido, al editar frecuentemente sucede que se necesita incluir preguntas que no se hicieron durante la charla. ¿Para qué? Puede ser necesario con el único propósito de dar ritmo a la entrevista y evitar que el lector se encuentre ante respuestas con párrafos interminables que desalientan la lectura.

Però también suele suceder que necesitemos preguntas “inventadas” para que sirvan de “puenté”: el personaje agotó su respuesta sobre un tema y necesitamos pasar a otro asunto de manera fluida. Tal vez durante la charla derivó de un tema a otro sin hacer un adecuado nexo y, al transcribirlo “fotográficamente”, queda incongruente. O quizá necesitamos la pregunta-bisagra porque hay un par de conceptos interesantes que deslizó y que no están demasiado ligados al resto de sus declaraciones, que quedan flotando. Bien, hay que construir preguntas-bisagra para entrar y para salir de esos temas sin que el lector sienta la violencia del salto. Estamos hablando, desde luego, de preguntas que no hicimos en su momento pero que necesitamos al editar. Debemos ser extremadamente cuidadosos: no hablamos de pasar sapos por príncipes. Si nuestras preguntas durante la entrevista han sido mediocres, no tenemos derecho a salvar la imagen mejorándolas. No sería justo que formuláramos la pregunta

agregada de tal manera que si la hubiéramos hecho de verdad durante la charla el entrevistado habría contestado de otra forma. En esos casos, me parece, estaríamos faltando a la ética de la entrevista. Las preguntas deben corresponder en forma precisa a las respuestas que ya teníamos. ¿Cómo se logra? El requisito previo es haber trabajado la entrevista de manera óptima: haber investigado mucho al personaje antes de sentarnos junto a él y haber aguzado la percepción durante la charla. Si hemos hecho las cosas bien y tenemos al personaje y sus ideas bien "internalizados", no será difícil crear los diálogos que ajusten. Tal como sucede con el autor de teatro, podemos intuir cómo reaccionaría el personaje si esa pregunta que ahora inventamos se la hubiéramos formulado de verdad. Entonces, la pregunta que inventemos tiene que "llevar serenamente" a la clase de declaraciones que hemos conseguido.

Un reportaje escrito tiene, probablemente, un montón de "bisagras" y "bisagritas" (*tal vez hasta quince, si es extenso*). Porque debe decir en mucho menos texto lo más jugoso de lo que al entrevistado le tomó una o dos horas llegar a exponer.

A veces la pregunta es demasiado obviamente bisagra, casi una repetición, un eco de las palabras del sujeto. Queda insulsa, como un comentario estúpido que el periodista hubiera hecho porque escucha a su entrevistado con la boca abierta y con mirada de idiota. Es cierto que si la respuesta que viene es sabrosa, se borra algo de la estupidez de la pregunta porque queda como investida de la lucidez del entrevistado. Pero no es una buena fórmula. Lo que no quiere decir que muchas veces un comentario muy simple no sea oportuno o que, incluso, deliberadamente, por el giro que tomó el diálogo, no resulte valiosa la elementalidad de la pregunta.

La conversación publicada no es una fotografía

¿Qué relación guardan las notas publicadas con lo que efectivamente sucedió entre el periodista y su entrevistado? María Esther Gilio ofrece una pista referida a la gráfica: "Muy a menudo encuentro a lectores que me hablan de alguna entrevista que he realizado como si ella fuera la reproducción holográfica de la realidad. ¿Cómo decirles, en ese momento, que si volviera a escribirla tal vez ya no estaría allí la mitad de lo que está y, en cambio, podría estar una cantidad de cosas que harían de esta entrevista otra?"

Realmente se puede decir que *un buen reportaje es, en realidad, una nota con los mejores momentos de un buen reportaje*. Existe un compromiso ineludible con el lector de ser fiel al espíritu del diálogo, pero la verdad no habita en la suma total de palabras, frases y balbuceos emitidos por periodista y entrevistado durante su conversación. Los periodistas no somos aparatos de grabación y vídeo; somos personas a quienes se nos confía la tarea de oficiar de nexo entre el personaje y el público. Es cierto que algunos detalles son importantes para dar sentido a nuestra "construcción" del personaje, pero no todos los detalles lo son. ¿Cualquier sonido que parta de su boca expresa una verdad significativa sobre él? No. Cortar, sintetizar, amalgamar, relacionar, recombinar, a veces hasta reconstruir muy cuidadosamente una expresión —cuidando estrictamente de no desvirtuar la personalidad del entrevistado— son tareas cotidianas del entrevistador. En primer lugar, porque buscamos sus expresiones más significativas, las frases más elocuentes para retratar su modo de ser y de pensar, su verdadera postura frente a un número de temas. Y estas cosas no emergen siempre de sus primeras palabras. Por lo general, hay que escuchar mucho, permitir que el entrevistado "caliente" sus ideas antes de que consiga sus expresiones más valiosas. ¿Tiene el lector que soportar todos los miles de balbuceos del personaje hasta que llega a sus mejores sín-



tesis? Únicamente si esos balbuceos sirven para retratar a un personaje muy vacilante, y aun así no vamos a abrumar al lector con todos sus tartamudeos. Una nota puede pasar el primer examen del lector (su interés por leerla; su aprobación o no es posterior) aun con muchos defectos: siendo frívola, agresiva, injusta, detallista, demasiado breve, interrumpida, algo extensa o pedante. *Pero de lo que no regresa (el lector la abandona sin contemplaciones) es de la aridez y el aburrimiento.*

Muchas veces el diálogo ha sido casi perfecto, sin palabras que sobren, pero probablemente son más las ocasiones en que hace falta una más o menos compleja tarea de edición del material, incluso con preguntas agregadas en una charla posterior, cuando descubrimos que nos faltaban precisiones sobre algún aspecto de la conversación y volvimos a ver al sujeto.

En los numerosos casos en que hay mucha edición, ¿se puede afirmar que la entrevista publicada es la realidad, o se trata de una prolija mentira? La respuesta última la tiene el periodista (ni siquiera el entrevistado puede saber con precisión cómo es a los ojos de los demás). Pero la característica de nuestra época mediática, que es el contacto regular del público con sus personajes (nuevas entrevistas, apariciones públicas, declaraciones, episodios de su vida que trascienden), permite "monitorear" la fidelidad que hay en la versión que construyó el periodista.

Si el periodismo de la Argentina está muy obsesionado con el problema de la objetividad, las cosas no parecen plantearse del mismo modo en el hemisferio norte. Por ejemplo, entre los norteamericanos y los ingleses no es tan popular la fórmula de pregunta-respuesta sino el *excerpt*, que los diccionarios definen como "extracto" y que el periodismo anglosajón caracteriza como la entrevista glosada, aquella en la que el periodista narra su encuentro con el personaje en un tono bastante literario, citando, de tanto en tanto, sus frases. "Los ingleses están libres de nuestra obsesión por la objetividad

—dice María Laura Avignolo, redactora del *Sunday Times*, colaboradora del matutino francés *Libération* y una suerte de *stringer* (corresponsal sin relación de dependencia) de *Clarín*—. Al contrario, ellos piensan que es muy válido el uso de la subjetividad sobre la base de una actitud honesta del periodista."

En España, sin embargo, las cosas no están tan claras. Y uno de los personajes más reconocidos en el género de la entrevista, la escritora y periodista Rosa Montero, que publica frecuentemente charlas con escritores en el suplemento cultural de *El País*, enfrenta muchas críticas por "exceso de subjetividad".

¿Es el *excerpt* mejor o peor fórmula que la entrevista pregunta-respuesta? Creo que depende de cada caso. El *excerpt* valoriza, como decimos, la mirada subjetiva del periodista sobre la base de que la objetividad ni existe ni debe obsesionarnos. No tiene la fuerza del diálogo, el impacto de una réplica, la respuesta que se potencia por la fuerza de la pregunta y hasta el clima de conversación. El sujeto es descrito, retratado. Vibra a través de su ambiente, su biografía, su mundo, sus detalles. Con el *excerpt* se puede viajar en el tiempo y en la geografía. Se construye de manera literaria porque es posible —me corrijo, es necesario— fictionalizar el encuentro. Me pregunto: ¿cuál es el límite en el que forzamos las cosas para que encajen en una buena figura literaria? Es decir, para que la nota glosada despierte interés debe bajarse con las reglas de un relato de ficción, y allí aparecen los riesgos de que se trate de algo demasiado construido para ser real.

Pero la nota pregunta-respuesta también tiene sus riesgos. ¿Cuántos diálogos son tan atractivos como para reproducirlos sin más? ¿Cuántos aderezos (preguntas que no hicimos, tonos de la pregunta, giros de las respuestas) terminamos agregándoles para que cierren como diálogos atractivos?

La respuesta ideal sería la de buscar el equilibrio que más conviene a cada caso (en uno, porque el personaje retratado en su mundo puede ser fascinante; en otro, porque el diálogo resultó maravilloso, lleno de fuerza; en un periodista, porque tiene una singular cualidad para el retrato de personajes; en otro entrevistador, porque maneja los diálogos con gran habilidad).